

Resumen de la exhortación apostólica postsinodal Christifideles Laici*

Introducción

El pueblo de Dios, al que pertenecen los fieles laicos, está figurado en la imagen evangélica de los obreros de la viña. El Señor llama y manda a personas selectas a trabajar en la viña. Como lo recuerdan los Padres de la Iglesia y lo ha repetido el Concilio Vaticano II, la vocación y misión se dirige a todos: pastores, sacerdotes, religiosos, religiosas, fieles laicos.

La Iglesia reconoce la dignidad de la vocación y misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo, como lo confirmó con la elección de este tema para la asamblea de 1987 del Sínodo de los obispos.

Ante las graves carencias y exigencias del mundo, la Iglesia invita a los fieles laicos a no permanecer ociosos y a trabajar con espíritu de activa participación en la búsqueda de remedios eficaces.

Con la mirada puesta en Jesucristo, que representa la única y última esperanza de la humanidad, hay que atender a los campos más necesitados como son el secularismo y la necesidad de lo religioso, la dignidad de la persona humana y la paz.

CAPITULO I

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos

La dignidad de los fieles laicos en la Iglesia-Misterio

La imagen de la viña se emplea en el Antiguo y Nuevo Testamento para expresar el misterio del Pueblo de Dios. Conforme a las enseñanzas del Concilio Vaticano II y del Magisterio, los laicos pertenecen a este misterio como miembros de la Iglesia.

*Traducción de *Ecclesia* hecha sobre el texto de "L'Osservatore Romano", edición italiana del 30-31 de enero de 1989.

Bajo esta luz se busca una descripción positiva del laico. ¿Qué es el laico?

Para describirlo es necesario partir de la raíz, es decir, de los sacramentos de la iniciación cristiana. El bautismo regenera la vida de los hijos de Dios; los incorpora a Cristo y a la Iglesia; comunica el Espíritu Santo. Así, el bautizado inicia su participación en la triple función de Jesucristo: función sacerdotal, profética y regia. El Concilio Vaticano II trata la doctrina de esta participación. Los laicos, al participar de la triple función, forman con los demás el único cuerpo del Señor y en la comunión son miembros de la Iglesia. La común dignidad bautismal adquiere en el laico un carácter distintivo, la índole secular. La índole secular es un modo especial de vivir dentro de la realidad del mundo, que es el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, no como simple lugar antropológico y sociológico, sino como una verdadera y propia categoría teológica.

Para considerar la vocación del laico, es necesario iniciar desde la primera y fundamental vocación a la santidad, que es una ineludible exigencia del misterio de la Iglesia. La llamada a la santidad proviene de la plenitud de vida que otorga el bautismo al injertar en Cristo. Esto implica el seguimiento y la imitación de Jesucristo en las actividades terrenas que constituyen la específica misión del laico.

CAPITULO II

Muchos sarmientos, una vid

La participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia-Comunión

Entre Jesús y los bautizados hay una comunión misteriosa, simbolizada por la vid y los sarmientos, en base a la cual el Señor permanece en sus miembros y ellos en El. Es la comunión que forma el misterio de la Iglesia.

La misión del laico sólo puede comprenderse en la participación activa en la Iglesia como comunión.

En la eclesiología del Concilio Vaticano II, la estructura de comunión es una de las características más relevantes y la ilustra con varias imágenes de la Biblia.

Esta comunión es orgánica, implica la diversidad; así se complementan las vocaciones que tienen su fuente en el único Espí-

ritu del Señor. La comunión eclesial es un don en el cual se manifiestan y se realizan los ministerios y carismas, que los bautizados ejercitan responsablemente para la edificación del Cuerpo de Cristo.

Respecto a los ministerios se afirma en primer lugar su multiplicidad. Existen los ministerios ordenados que derivan del sacramento del orden y explicitan en la historia el mandato apostólico con un espíritu de "diaconía" hacia el pueblo de Dios. Por otra parte, los fieles laicos, por medio de los sacramentos del bautismo, de la confirmación y del matrimonio, participan de la función sacerdotal, profética y regia de Cristo, de modo que en ciertos casos, bajo mandato de los Pastores (y sin convertirse en Pastores), pueden desempeñar algunos oficios y funciones relacionadas con el ministerio jerárquico, pero no los que dependen del orden.

El lectorado y acolitado son ministerios instituidos reservados a los candidatos al orden.

En nuestros días, el Espíritu Santo otorga con absoluta libertad los carismas que son dones particulares para utilidad eclesial. Estos dones deben someterse a un cuidadoso discernimiento y ser acogidos con gratitud.

Los laicos con su laboriosidad, por medio del ejercicio de los carismas y ministerios, participan en la Iglesia particular, en el ámbito limitado de la comunidad local, pero con el ansia "católica" de dilatar su servicio.

La parroquia es la porción más inmediata y visible de la Iglesia particular. Como comunidad eucarística, como comunidad de fe y como comunidad orgánica, requiere una renovación y participación activa de los laicos en orden a una auténtica comunión eclesial y a una más notable preocupación misionera.

Cada uno, por la unicidad e irrepitibilidad de su ser y obrar, encontrará un modo personal de participar en la vida de la Iglesia. Esta modalidad corresponde a la necesidad de que los individuos sean parte viva en la misión eclesial por medio de su apostolado personal, capilar, constante e incisivo.

En nuestros días florece el fenómeno de la asociación para el apostolado de los laicos bajo forma de grupos, comunidades y movimientos, que son muy diversos entre sí, pero convergen en la finalidad de participar en la misión de la Iglesia. Esta razón eclesiológica

justifica y exige la reunión de los fieles para desempeñar un apostolado asociado, que sea signo de comunión y de unidad de la Iglesia en Cristo. En razón del bautismo, que llama a la comunión en la misión de la Iglesia, el apostolado asociado debe gozar de libertad si observa los criterios de eclesialidad que permiten discernir la autenticidad de las agrupaciones. Tales criterios pueden citarse como sigue:

- primado de la vocación a la santidad;
- testimonio de convencida y sólida comunión;
- conformidad y participación en los fines apostólicos de la Iglesia;
- compromiso de presencia en la sociedad.

La vida de las asociaciones manifiesta su fidelidad a los criterios de eclesialidad por medio de los frutos concretos. Por su parte, los Pastores ponen al servicio de estas formas de apostolado su autoridad como guía, estímulo y también dando el necesario reconocimiento oficial a los nuevos movimientos y asociaciones.

Los diversos movimientos y asociaciones de la Acción Católica se caracterizan explícitamente por su particular dependencia de los Pastores.

Se está elaborando una lista de las asociaciones que poseen aprobación oficial de la Santa Sede, y se desea establecer un conjunto de condiciones para la aprobación de asociaciones ecuménicas con mayoría católica.

CAPITULO III

Os he elegido para que vayais y deis fruto

Corresponsabilidad de los fieles laicos en la Iglesia-Misión

El sarmiento que permanece unido a la vid da mucho fruto; así es el bautizado que permanece unido con el Señor y con los hermanos.

Esta comunión está profundamente ligada a la misión, es fuente y fruto de ella.

Por la comunión el Señor confía a los fieles laicos, en unión con los demás miembros del pueblo de Dios, una gran parte de la responsabilidad, que se manifiesta en primer lugar en el anuncio del Evangelio. Por esta obra de evangelización, la Iglesia se constituye como comunidad de fe confesada en la adhesión a la Palabra de Dios, celebrada en los sacramentos y vivida en la caridad.

En muchos ambientes predomina la indiferencia, el secularismo, el ateísmo o también un oscurecimiento de la fe y de las costumbres tradicionales. Por ello hoy día llevar el Evangelio significa, en muchos casos, conducir a las personas a los orígenes de la fe por medio de una nueva evangelización, que implica una obra sistemática de catequesis, hasta lograr formar comunidades eclesiales maduras.

Sin embargo no puede interrumpirse la actividad congénita de la Iglesia, que consiste en la misión permanente de llevar el Evangelio a cuantos aún no conocen al Señor Jesús; esto es también misión de los fieles laicos. Es indispensable avanzar hacia una nueva etapa histórica del dinamismo misionero en la Iglesia, tanto para la "plantatio Ecclesiae" como para el diálogo con las otras religiones. Todo ello exige un cultivo de vocaciones específicamente misioneras y un número adecuado de evangelizadores capaces de aunar la oración y la formación.

Los fieles laicos al anunciar el Evangelio se dirigen al hombre; de este modo la Iglesia sirve a los hombres al recorrer su primero y fundamental camino: revelar el hombre al hombre.

Corresponde al mandato originario de la Iglesia descubrir y redescubrir la dignidad inviolable de cada persona humana. Esta dignidad es el bien más valioso y la base de la igualdad entre los hombres. Al mismo tiempo, de esta dignidad brota la unicidad e irrepitibilidad de cada persona.

De lo anterior se deduce que el derecho a la vida de la persona es un derecho inviolable, al igual que el respeto, la defensa y la promoción de los derechos de cada persona. En esta área tienen una grave responsabilidad las ciencias médicas.

De la dignidad de la persona dimana la aspiración religiosa que funda el derecho a la libertad de conciencia y a la libertad religiosa.

En este ámbito de participación y comunión, la familia posee un papel insustituible. Es el centro de comunión, de donación; conduce las personas a la sociabilidad y a la vida de comunidad. Ahí la persona se abre a la sociedad y al compromiso civil. Por tanto, los fieles laicos tienen en la familia un lugar privilegiado para la acción apostólica; pero la familia misma está llamada a ser sujeto activo y responsable de su propio crecimiento y de su participación en la vida social.

A la vida social se contribuye en diversos modos; la caridad hacia el prójimo asume formas antiguas y nuevas que se adaptan a las más variadas exigencias. La caridad anima y sostiene una solidaridad atenta al conjunto de las necesidades del ser humano. Una forma particular de la solidaridad es el voluntariado.

La caridad no puede separarse de la justicia. Por ello los fieles laicos no deben abdicar a participar en la política que está encaminada a buscar el bien común, el bien de todos los hombres y de todo el hombre. La promoción de la justicia y el espíritu de servicio, forman los ejes de la actividad política que tiene como estilo y medio la solidaridad y como fruto la paz.

El servicio a la sociedad de manifiesta en modo apremiante en la vida económicosocial y el trabajo conforma su núcleo. Los problemas relativos al trabajo, a la propiedad privada, al destino universal de los bienes, que forman la esencia del compromiso de los fieles laicos, sólo pueden resolverse colocando al hombre en el centro de la actividad económica y social.

En paralelo al trabajo humano se eleva la preocupación por la ecología. La búsqueda del progreso no dispensa de las exigencias morales; el hombre recibió la creación para su uso y no para el abuso.

Servir a la persona significa también crear y transmitir la cultura, que es el bien común de cada pueblo y la expresión de su dignidad y de su libertad, de su creatividad y de su historia. Es urgente reservar a la cultura, en los diversos campos de su ejercicio y de sus manifestaciones, una atención especial, pues la fe se hace histórica gracias a la cultura.

Por vocación compete de modo específico a los fieles laicos servir a la verdad con los instrumentos de comunicación social que son indispensables para formar y transmitir la cultura.

CAPITULO IV

Los obreros de la viña del Señor

Buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.

Los obreros de la viña del Evangelio reciben la llamada a diversas horas de la jornada, como si se quisiera indicar que existen diversos tiempos y modos para desempeñar el servicio al Evangelio.

Los jóvenes, los niños, los ancianos, todos tienen un lugar, una dignidad y una tarea.

Los jóvenes constituyen un gran desafío para el futuro de la Iglesia, son protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social. La Iglesia tiene mucho que decirles.

Jesús ama a los niños, que son un reclamo de la gratuidad del don de Dios que no atiende al mérito humano. Ellos contribuyen a su manera en la santificación de la Iglesia.

Los ancianos enriquecen a la Iglesia con la sabiduría, el temor de Dios, el testimonio de fe y de caridad. Las modernas condiciones de vida, a nivel personal y social, ofrecen una mayor disponibilidad de medios y de tiempo que permite a los ancianos comprometerse en el apostolado. Sin lugar a dudas los ancianos tienen un lugar central y activo en la Iglesia.

Para promover y difundir la dignidad personal de la mujer, resulta necesario abatir la injusta mentalidad materialista y consumista y reconocer la aportación de la mujer en la edificación de la Iglesia y en el desarrollo de la sociedad.

La mujer posee en la Iglesia una vocación específica en razón de su participación activa y responsable. Su vocación consiste en imitar la conducta de las mujeres que, conforme al Evangelio, siguieron a Jesús y participaron en la Iglesia naciente.

Para alcanzar esta meta hay que considerar bien los fundamentos antropológicos y teológicos de la condición masculina y femenina; obedecer al plan de la creación "in principio" y a su desarrollo a lo largo de la historia.

La Carta Apostólica sobre la dignidad y vocación de la mujer se detiene en estos argumentos.

El Señor enseña que no existe discriminación de la mujer. En el bautismo y en la confirmación encuentra su participación en la triple función de Jesús. Ella está llamada al apostolado fundamental de la Iglesia, la evangelización, y por tanto a la catequesis, a la transmisión de la fe, al estudio teológico. También está llamada a discernir lo que promueve u ofende a la dignidad de las personas, de los ambientes, de la sociedad.

Dios creador confía al hombre, pero en especial a la mujer, dos grandes tareas: el matrimonio y la cultura. Esto se debe a la específica sensibilidad de la mujer hacia los valores verdaderamente humanos.

La estima por la virginidad manifiesta la pluralidad y complementariedad de las vocaciones en la comunión eclesial.

Los enfermos y las personas que sufren son obreros enviados a la viña del Señor, según su propia vocación. Quien sufre no está sólo llamado a unir su dolor al de Cristo, recibe también la invitación a acoger y transmitir la fuerza renovadora y la alegría de la resurrección. Estos dones los comunican tanto los enfermos como todo el personal sanitario. Se requiere una acción pastoral para y con los enfermos a fin de que no se consideren sólo como término del amor y del servicio, sino que obren como sujetos activos y responsables de la obra de la evangelización y de la salvación.

Obreros de la viña son todos los miembros del pueblo de Dios con sus variados y complementarios carismas y ministerios, con sus distintos estados de vida y de testimonio. Cada uno participa en modo igual de la dignidad cristiana y de la vocación universal a la santidad en la perfección del amor: el estado laical con su específica índole secular, el sacerdocio ministerial garante de la presencia sacramental del Redentor, el estado religioso con el testimonio de la índole escatológica de la Iglesia.

Existe una pluralidad de manifestaciones en el interior de cada estado. En la vocación común laical florece una multiplicidad de vocaciones laicales particulares como son los institutos seculares.

CAPITULO V

Para que llevéis más fruto

La formación de los fieles laicos

La viña está destinada a crecer y madurar continuamente. Entra en juego la responsabilidad y la libertad personal del hombre.

Por ello es prioritario el deber de cultivar la formación de los fieles laicos, para que puedan ver cada vez con mayor claridad su vocación y correspondan a ella en las diversas horas de la vida. Es imperativo saber y efectuar cuanto Dios desea, ser siempre fieles a Dios.

Esta empresa exige una fuerte unidad entre vida espiritual y vida secular, garantizada por una sólida formación integral que incluya lo espiritual, el contacto con la cultura, la doctrina social de la Iglesia, el culto de los valores humanos y la formación doctrinal.

Personas y comunidades, en diversos lugares y con variados métodos, imparten esta formación integral; pero el verdadero educador es Dios por medio de Jesús en el Espíritu. Por El la Iglesia está llamada a colaborar en la acción formativa y en ella los fieles laicos encuentran la fecundidad de su formación. En la Iglesia universal, en las Iglesias particulares, en las parroquias, en las pequeñas comunidades eclesiales, en la familia, en las escuelas y universidades católicas los fieles laicos reciben la formación y la comunican con la enseñanza y el testimonio.

También son lugares de formación los grupos, las asociaciones y los movimientos.

La formación es un derecho y un deber para todos y por ello es necesario proveer también a la formación de los formadores, teniendo en consideración la cultura local y algunas convicciones fundamentales que den realce a la responsabilidad individual, a la doble característica de la persona como término y principio de la formación, a la disponibilidad para dejarse formar por Dios.

La misión del laico corresponde a una llamada del Señor Jesús y por esa misión se eleva una oración de intercesión a la Bienaventurada Virgen María.